

Lengua y Literatura

Actividades para los estudiantes

Primer año

Sherlock vive Seguir a un personaje de los relatos policiales

Serie PROFUNDIZACIÓN - NES



Buenos Aires Ciudad

Ministerio de Educación de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
15-06-2026



Vamos Buenos Aires

JEFE DE GOBIERNO

Horacio Rodríguez Larreta

MINISTRA DE EDUCACIÓN

María Soledad Acuña

SUBSECRETARIO DE PLANEAMIENTO E INNOVACIÓN EDUCATIVA

Diego Javier Meiriño

DIRECTORA GENERAL DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO

María Constanza Ortiz

GERENTE OPERATIVO DE CURRÍCULUM

Javier Simón

DIRECTOR GENERAL DE TECNOLOGÍA EDUCATIVA

Santiago Andrés

GERENTA OPERATIVA DE TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN EDUCATIVA

Mercedes Werner

SUBSECRETARIA DE COORDINACIÓN PEDAGÓGICA Y EQUIDAD EDUCATIVA

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

SUBSECRETARIO DE CARRERA DOCENTE Y FORMACIÓN TÉCNICA PROFESIONAL

Jorge Javier Tarulla

SUBSECRETARIO DE GESTIÓN ECONÓMICO FINANCIERA Y ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS

Sebastián Tomaghelli

SUBSECRETARÍA DE PLANEAMIENTO E INNOVACIÓN EDUCATIVA (SSPLINED)

DIRECCIÓN GENERAL DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO (DGPLEDU)

GERENCIA OPERATIVA DE CURRÍCULUM (GOC)

Javier Simón

ESPECIALISTAS: Mariana D'Agostino, Jimena Dib, Melania Stucchi, Andrea Vilariño

DIRECCIÓN GENERAL DE TECNOLOGÍA EDUCATIVA (DGTEDU)

GERENCIA OPERATIVA DE TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN EDUCATIVA (INTEC)

Mercedes Werner

COLABORACIÓN DE ESPECIALISTA DE EDUCACIÓN DIGITAL: Julia Campos

COORDINACIÓN DE MATERIALES Y CONTENIDOS DIGITALES (SSPLINED): Mariana Rodríguez

COLABORACIÓN: Manuela Luzzani Ovide

AGRADECIMIENTOS: Julieta Aicardi, Octavio Bally, Vanina Barbeito, Pilar Casellas, Ignacio Cismondi, Natalia López

EDICIÓN Y DISEÑO (GOC)

Edición: Gabriela Berajá, María Laura Cianciolo, Andrea Finocchiaro, Marta Lacour, Sebastián Vargas

Diseño gráfico: Silvana Carretero, Alejandra Mosconi, Patricia Peralta

Actualización web: Leticia Lobato

Este material contiene las actividades para los estudiantes presentes en *Lengua y Literatura. Sherlock vive Seguir a un personaje de los relatos policiales*. ISBN 978-987-549-728-3

Se autoriza la reproducción y difusión de este material para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se especifique claramente la fuente.

Se prohíbe la reproducción de este material para reventa u otros fines comerciales.

Las denominaciones empleadas en este material y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implica, de parte del Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, juicio alguno sobre la condición jurídica o nivel de desarrollo de los países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites.

En este material se evitó el uso explícito del género femenino y masculino en simultáneo y se ha optado por emplear el género masculino, a efectos de facilitar la lectura y evitar las duplicaciones. No obstante, se entiende que todas las menciones en el género masculino representan siempre a varones y mujeres, salvo cuando se especifique lo contrario.

Fecha de consulta de imágenes, videos, recursos digitales y textos disponibles en internet: 1 de febrero de 2018.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa.
Dirección General de Planeamiento Educativo / Gerencia Operativa de Currículum, 2018.

Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa / Dirección General de Planeamiento Educativo / Gerencia Operativa de Currículum.
Av. Paseo Colón 275, 14° piso - C1063ACC - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Teléfono/Fax: 4340-8032/8030

© Copyright © 2018 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados.
Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de Adobe Systems Incorporated.

¿Cómo se navegan los textos de esta serie?

Los materiales de Profundización de la NES cuentan con elementos interactivos que permiten la lectura hipertextual y optimizan la navegación. Estos reflejan la interactividad general de la serie.

Para visualizar correctamente la interactividad se sugiere bajar el programa [Adobe Acrobat Reader](#) que constituye el estándar gratuito para ver e imprimir documentos PDF.



Pie de página

Volver a vista anterior — Al clicar regresa a la última página vista.

— Ícono que permite imprimir.

— Folio, con flechas interactivas que llevan a la página anterior y a la página posterior.

Portada

— Flecha interactiva que lleva a la página posterior.

Menú interactivo

Actividades

Punto de partida

1^{ra} parte

2^{da} parte

3^{ra} parte

El texto tiene un menú en cada página, cuyos colores indican las secciones que contiene. Las pestañas se encienden señalando el lugar donde está ubicado el lector.

Íconos y enlaces

- 1 Símbolo que indica una cita o nota aclaratoria. Al clicar se abre un *pop-up* con el texto:

Ovidescim repti ipita voluptis audi iducit ut qui adis moluptur? Quia poria dusam serspero valoris quas quid moluptur?

Los números indican las referencias de notas al final del documento.

El color azul y el subrayado indican un [vínculo](#) a la web o a un documento externo.



“Título del texto”

Indica enlace a un texto.



Indica enlace a un sitio o documento externo.



Indica actividad individual.



Indica actividad grupal.

Actividades

Punto de partida ¿Quién es Sherlock Holmes?

Actividad 1. Reflexión colectiva y lectura de notas biográficas y sobre el personaje

a. ¿Qué sabés sobre Sherlock Holmes?

Comentá con tu docente y compañeros qué sabés sobre Sherlock Holmes, si leíste alguna historia o conocés quién fue su autor.

Anotá los resultados de la discusión.

b. Luego, leé esta breve nota sobre el personaje y sobre el autor de Sherlock Holmes para saber en qué se basó este para crearlo.

El autor y su personaje

Arthur Conan Doyle, que era médico, creó el personaje de Sherlock Holmes inspirándose en el doctor Joseph Bell, quien había sido su profesor en Edimburgo. El creador del famoso detective estaba impresionado por la excepcional habilidad de Bell para hacer diagnósticos, no solo de las enfermedades sino también de las ocupaciones y el carácter del paciente. Como el escritor había sido asistente de Bell durante un tiempo, había tenido muchas oportunidades de presenciar situaciones en las cuales el profesor, con una simple ojeada, lograba saber mucho del paciente –a veces llegaba a saber más de lo que Doyle, en cumplimiento de sus funciones de asistente, había logrado averiguar al interrogar al enfermo–. Bell obtenía estos resultados gracias a su aguda capacidad de observación, a la atención que prestaba a los detalles y a las inferencias que era capaz de hacer a partir de ellos. Cuando se refiere a su profesor, y después de relatar varias anécdotas que mostraban sus cualidades, Conan Doyle señala: “No es extraño que tras el estudio de tal carácter yo usara y amplificara sus métodos cuando, más tarde, quise crear un detective científico que resolviera los casos por sus propios métodos”.

Sir Arthur Conan Doyle. *Las memorias de Sherlock Holmes*. Madrid, Anaya, 1988 (traducción, María Engracia Pujals; apéndice, Juan José Millás). La versión original en inglés data de 1924 y tiene como título *Memories and Adventures*.

Actividades

Actividad 2. Galería de fotos de la casa de Sherlock Holmes

a. Miren las fotografías y comenten:

- ¿Cómo son los espacios?
- ¿Qué elementos aparecen?
- ¿Qué objetos les resultan extraños? ¿Por qué?
- A partir de las fotografías, ¿cómo imaginan la vida en esa época?



Actividades



Actividades



Actividades

- b. Anoten en un documento compartido en papel o formato digital el resultado de las discusiones de cada grupo.
- c. Compartan las notas y comenten cómo imaginan que serán sus historias. Si ya leyeron relatos de Sherlock Holmes cuenten qué relaciones encontraron entre las fotografías y lo que saben.

En el grupo pequeño:

- d. Escriban un epígrafe de la imagen que eligieron o les fue asignada por el docente a partir de lo que se comentó en la clase.

Recuerden que el epígrafe les va a permitir a todos volver a encontrar en la fotografía los temas que se comentaron, cuando más adelante lean las historias o vean la serie.

Como en la actividad precedente, pueden usar la aplicación [VoiceThread](#), que les permitirá incluir el epígrafe en la imagen de manera colaborativa.



Actividad 3. Lectura de una noticia sobre las repercusiones de la figura de Sherlock Holmes en el pueblo británico

- a. Seguí la lectura que hace el docente de este artículo sobre Sherlock Holmes.

Sherlock vive

Por Andrea Ferrari

Sherlock Holmes supera a Winston Churchill. No es que sea más conocido ni más interesante ni más ingenioso: es más real. Es decir, Sherlock Holmes anduvo caminando por las calles de Londres con su pipa, su gorro y el fiel Watson a su lado, mientras que el pobre de Churchill no es más que la creación de algún ignoto escritor.

Eso es lo que piensa una buena parte de los jóvenes británicos, según la encuesta de una cadena de televisión que se dio a conocer en estos días. Los datos dicen que el 58 por ciento está seguro de que el detective existió en la realidad, mientras que un 23 por ciento no tuvo dudas en sostener que Churchill era un personaje de ficción.

Actividades

Más allá de las inquietantes lagunas que parecen tener los estudiantes británicos en lo que respecta al dos veces primer ministro, lo interesante de este asunto es lo vivo que sigue estando Holmes.

El hombre de tan real existencia tiene una casa propia en el 221B de la londinense Baker Street, donde pueden verse sus muebles y efectos personales y hasta fue nombrado hace pocos años miembro honorario de la Real Academia de Química de Gran Bretaña, en un día en que sus integrantes parecen haber estado en vena humorística. Y, además, medio planeta repite aquello de “Elemental, mi querido Watson”. Es un detalle curioso que la frase no aparece textualmente en ningún libro. Pero justamente, no se trata de literatura sino de hechos: Sherlock Holmes es más real que muchos seres de carne y hueso.

Recientemente, buscando información para un libro, leí una buena cantidad de biografías de Arthur Conan Doyle y todo lo que encontré sobre Holmes, empezando por las cuatro novelas y cinco volúmenes de cuentos que protagoniza. Pensados hoy (después de la cantidad de historias policiales que uno ha consumido a lo largo de la vida), sus casos tienen un cierto olor a rancio y varias de las resoluciones resultan algo ingenuas. Lo interesante es todo lo demás: el personaje creado y lo que se erigió en torno de él. Las miles de copias, las decenas de asociaciones dedicadas al puntilloso estudio (e incluso recreación) de sus casos, las películas, las frases. Los modelos: el prototipo del detective y el prototipo de su ayudante.

Hubo, sin embargo, un Holmes verdadero, es decir una persona real que le sirvió de inspiración al autor: el médico Joseph Bell, capaz de extraer asombrosas conclusiones de la simple observación de sus pacientes. El propio Conan Doyle lo reconoció en una carta dirigida a Bell, su profesor en la universidad, expuesta no hace mucho en un museo. “Es sin duda a usted a quien debo Sherlock Holmes –escribió– y no creo que su capacidad analítica exagere en absoluto algunos efectos que le he visto producir a usted en la clínica de pacientes externos” (de paso, Bell también es la inspiración del televisivo y holmesiano Dr. House, no en vano llamado Joseph House).

Doyle hizo durante un tiempo de ayudante de Bell en el consultorio, es decir que fue el Watson que se maravillaba ante las impactantes conclusiones de su maestro. Pero Sir Conan Doyle no estaba para segundón y así como amó y odió a su detective (tanto que lo mató cuando ya no lo soportaba y lo resucitó ante el clamor de los lectores y la apabullante cantidad de dólares que le ofrecían sus editores norteamericanos por las nuevas historias), se empeñó en demostrar que podía ser tan sagaz en la vida real como su creación era en los papeles.

Ya en esa época, los lectores se entregaban alegremente a la confusión entre el autor y el personaje y solían enviar cartas solicitando que Sherlock Holmes o Conan Doyle, o ambos,

Actividades

se interesaran en un determinado caso real. Finalmente, el autor encontró uno que le pareció digno de su interés: la injusta acusación contra el abogado George Edalji por una misteriosa matanza de animales, una historia recreada por Julian Barnes en la admirable novela *Arthur & George*.

Su investigación fue exitosa y le rindieron los honores del caso. Luego emprendió otras, donde tampoco le fue mal. Eso no evitó, por supuesto, que siguiera estando para siempre a la sombra de Sherlock Holmes. Y aunque su nombre no se incluyó en la reciente encuesta, si los mismos jóvenes británicos fueran consultados probablemente dirían que Conan Doyle es un personaje tan ficticio como Churchill. Quizás una creación del detective Holmes cuando sus casos le dejaban tiempo libre.

Es posible imaginar aquí una encuesta similar que dentro de cien años muestre que Martín Fierro era un muchacho algo violento que vivía en la Pampa y Mafalda una chica muy aguda del barrio de San Telmo. Y quizás algunos personajes de la historia reciente demasiado siniestros para ser reales se conviertan en ficción: el producto salido de la mente de un escritor retorcido en un día verdaderamente negro.

Y Sherlock Holmes seguirá vivo.

- b. Comentá la lectura con tus compañeros: ¿qué datos y explicaciones da la autora para apoyar su idea de que Sherlock Holmes está más vivo en la mente de los lectores que el mismo autor, Conan Doyle?

Primera parte

Lectura de la novela y visionado de la serie



Actividad 4. Lectura de la primera parte de la novela *Estudio en escarlata*

- a. Seguí la lectura que hace el docente del primer capítulo, “Mr. Sherlock Holmes”, y comentá tus ideas e impresiones sobre el narrador:
- ¿Quién cuenta la historia?
 - ¿Por qué creen que la cuenta él?
 - ¿Qué cambiaría si la contara otro personaje?
- b. Leé con un compañero los capítulos 2 y 3. Intenten explicar entre los dos por qué el capítulo 2 se llama “La ciencia de la deducción”. Busquen ejemplos de la novela para apoyar sus ideas.

Actividades

- c. Compartan con el resto de los compañeros sus ideas y registren las explicaciones en las que todos se pongan de acuerdo y tengan ejemplos de la novela.
- d. Vuelvan al texto para encontrar y señalar en qué partes Watson describe a Sherlock Holmes. En un cuadro como el que sigue anoten la información que va apareciendo sobre Sherlock Holmes.

A medida que avancen en los capítulos, vuelvan al cuadro para completar información:

Aspectos físicos y hábitos	Personalidad

Actividad 5. Escucha de la narración de partes de la novela

Escuchá la narración que hace el docente de los capítulos 4, 5 y 6 y completá una ficha como la siguiente:

Protagonista:
Coprotagonista/ayudante:
Otros ayudantes:
Caso:
Antagonista:

Actividades

Actividad 6. Seguimiento de la lectura del docente para saber cómo se resuelve el caso

Seguí la lectura que hace el docente del capítulo 7 de la novela. En este capítulo, Sherlock descubre por fin quién es el asesino y lo atrapa. Después de escuchar leer, retomá el cuadro de la actividad anterior y completá esa información explicando cómo resuelve el caso. Volve al texto cuando necesites reponer información.

Actividad 7. Evaluación

Escriban un breve texto que describa solo uno de los siguientes aspectos del detective Sherlock Holmes. En esa descripción incluyan dos ejemplos de la novela que demuestren esa característica.

- Su virtud: la inteligencia.
- Su método: deductivo.
- Su personalidad: soberbio, despectivo hacia la autoridad, sociópata.
- Su único interés: resolver un caso casi imposible (solo él puede hacerlo).

Actividad 8. Visionado del capítulo 1 de la serie de televisión. Estudio en Rosa y comparación con la novela

Después de ver el episodio 1 de la serie *Sherlock*, comentá con el grupo y con la ayuda de tu docente qué puntos tienen en común y qué tienen de diferente la novela y la película.

Actividad 9. Registro en un cuadro de la comparación entre la película y la novela

Para centrarse en el caso, en grupos de 3 o 4 estudiantes analicen las características principales del caso en la novela y en la serie.

Actividades

A partir de ese análisis, completen la información del siguiente cuadro comparativo:

	Novela	Serie
Nombre del asesino		
Modo de asesinar		
Víctimas		
Motivación para asesinar		
¿Cuál es el final para el asesino?		

Compartan sus respuestas y comenten por qué creen que se hicieron esos cambios en la versión audiovisual.

Actividad 10. Autoevaluación

Miren [esta presentación](#) elaborada para este material sobre la comparación entre Estudio en Escarlata y Estudio en Rosa.

Escriban una nota comparando el análisis de la presentación con las respuestas de las actividades 1 y 2 que dieron ustedes: ¿en cuántas coinciden? ¿Cuáles son distintas? ¿Cuáles no habían detectado ustedes? ¿Cuáles pueden desarrollar?

Actividad 11. Un poco más sobre el método de Sherlock Holmes

- En grupos de a dos o tres, lean en el sitio web de la BBC el artículo [“La ciencia de la deducción: ¿podrías resolver un crimen como Sherlock Holmes?”](#)
- El texto propone cuatro claves del método deductivo:
 - Observación aguda.
 - Darle importancia a lo que parece inconsecuente.
 - Razonar de atrás para adelante.
 - Valorar los errores.

Entre todos, discutan sobre estas cuatro claves. ¿Qué significa cada una? ¿Cómo se manifiestan estas claves en la novela y en la serie que vieron?

Actividades

- c. Anotá en qué consiste cada una de las claves. Tené en cuenta que vas a necesitar estas notas cuando escribas tu propio relato policial o la presentación del método que sigue tu personaje, así que hacé las notas lo más completas que puedas.

Segunda parte Creación de un Sherlock y un Watson en la Buenos Aires actual

Actividad 12. Planificación del perfil del personaje

- a. Teniendo en cuenta todo lo que han analizado sobre Sherlock y Watson, en grupos pequeños van a crear un Sherlock y un Watson porteños. Para realizar el perfil de cada uno, se proponen como guía las siguientes preguntas.
- ¿Es hombre o mujer?
 - ¿Cuántos años tiene?
 - ¿Tiene otra profesión? ¿Cuál?
 - ¿En dónde vive? ¿Cómo es su casa/departamento?
 - ¿Dónde nació?
 - ¿Cómo fue su infancia?
 - ¿Cómo se viste?
 - ¿Cómo lleva el pelo?
 - Inventen cuál es su frase característica, esa que siempre repite.
 - ¿Qué actor o actriz (argentino/a) podría interpretarlo?

- b. *Los objetos de Sherlock.* Aquí tienen una imagen del Sherlock original. Mírenla y comenten para qué creen que usaba cada uno de estos objetos.

Luego, hagan una lista con los objetos típicos del Sherlock porteño que ustedes crearon. Agreguen en cada caso la importancia de los objetos listados.



Actividades

Actividad 13. Presentaciones orales y comentarios entre escritores

- Preparen una presentación oral contando la descripción de cada uno de los personajes, que acompañaría una presentación con fotografías de actores/actrices, casas/departamentos posibles, vestuario y diferentes lugares. Anticipen en la presentación cómo podrían acceder a los casos y qué tipos de casos podrían resolver.
- Utilicen en el grupo los recursos que tengan disponibles para editar la presentación y sigan los acuerdos sobre cómo realizarla para comunicarla a sus compañeros. Se les sugiere utilizar aplicaciones como [Genial.ly](#), [Emaze](#), [Presentaciones de Google](#), entre otras, para generar una presentación interactiva.
- Escuchá y registrá de manera oral o escrita los comentarios de los compañeros y el docente para revisar las ideas sobre el personaje.

Tercera parte

Producción de un blog sobre las aventuras de un Sherlock en Buenos Aires

Actividad 14. Análisis del argumento de la novela leída y acuerdos sobre posibles cambios de su adaptación

- Leé junto con tu docente y compañeros algunos resúmenes de *Estudio en escarlata* para identificar lo que no puede faltar en la historia policial. Anotá esos puntos y una secuencia de los núcleos narrativos básicos de la historia.

Por ejemplo: un estudiante buscó en internet y encontró este [sitio con un resumen llamado "Estudio en escarlata; Arthur Conan Doyle"](#). Leé el resumen y anotá qué le agregarías y qué le cambiarías en función de lo que leyeron y comentaron.

El resumen que finalmente quede les tiene que servir como base para lo que escriban en el *blog*. Piensen qué información necesitan tener desarrollada y cuál es un detalle que no necesariamente van a usar para la entrada.

- Después de tener completo el contenido del resumen, comenten en el grupo qué cambios harían para llevar esa historia a Buenos Aires en la actualidad: lugares, medios de llegar a conocer el caso, características del asesino y de las víctimas, uso de redes sociales, internet, etc.

Actividades

Pueden retomar las notas que hicieron cuando compararon la novela con la serie y también recursos de la serie para actualizar la historia. También pueden leer argumentos de otros relatos policiales que les sirvan de ejemplo.

- c. Revisen los núcleos básicos del argumento para tener una versión propia y piensen si dejarían o cambiarían el título y por qué.

Actividad 15. Descripciones de ambientes y locaciones

Como se puede observar en la serie, las acciones suceden en determinados espacios. En la producción de un guión, esas son las “locaciones”.

- a. Identifiquen los cuatro espacios más importantes en los que transcurren la vida y la historia de su Sherlock Holmes y descríbanlos.

Recuerden que lo más importante en una descripción son los detalles. Las descripciones deben ser visuales.

- b. Busquen imágenes o retomen de su presentación las que ilustren esas descripciones. También pueden filmar videos de no más de un minuto (videominutos), con la cámara fija, de los espacios en los que transcurren los hechos para acompañar los textos en el *blog*.
- c. Además de fotografías y videos sobre los espacios, se podrían incluir otras imágenes con títulos y epígrafes sobre elementos del crimen o escenas de la historia de la investigación.

Actividad 16. Narración del momento en que se conocen Sherlock y Watson

Es el momento de imaginar cómo es el encuentro entre su Sherlock y su Watson porteños. ¿En dónde se encuentran? ¿Cómo es el primer diálogo entre ellos?

- a. Primero piensen el lugar y retomen de la novela los temas de la conversación. Pueden anotar esos aspectos y hacer una lista de lo que va a contener el diálogo.
- b. Escriban el diálogo planificado. En el grupo, pueden dividirse los roles: uno escribe, otros chequean el plan para que no falte nada y revisan cómo se escribe un diálogo.

Actividades

Actividad 17. Escritura y revisión de los textos centrales del blog desde la perspectiva del narrador

Ya tienen casi todos los elementos que necesitan para contar sus historias. Solo les queda desarrollar los textos centrales del *blog* como si fuera Watson quien cuenta.

- En el grupo, repártanse la escritura definitiva de los textos que van a subir al *blog*: la presentación de los personajes, la narración de cómo se conocen, los títulos y epígrafes de las fotografías, la narración del caso y cómo lo resuelve Sherlock.
- Armen una agenda de trabajo del grupo para asignar tareas y tiempos para compartir con el docente.
- Escriban una primera versión de los textos y léanlos dentro del grupo para controlar que:
 - no falte información importante sobre los personajes, lugares, caso policial;
 - un lector que no conoce la historia y los protagonistas puede interpretarla y disfrutar de su lectura;
 - no se repita información de manera innecesaria.
- Revisen los textos a partir de esta primera relectura y de las indicaciones que les haya hecho el docente.

Actividad 18. Armado del blog y presentación por redes sociales

¡Es momento de transformarnos en nuestro Watson y empezar a producir el *blog* que dará a conocer al público de Buenos Aires el gran caso que resolverá nuestro Sherlock porteño!

- Elijan una plataforma para publicar el blog ([Blogspot](#), [Blogger](#), [Wordpress](#), [Medium](#), [Google Sites](#) o [Wix](#)) y analicen cómo necesitan tener la información organizada para hacerlo de manera ágil.
- Organicen los materiales que tienen disponibles para la producción del *blog* en carpetas claramente identificables. En el grupo pueden dividirse estas tareas: unos, pasar los textos que no tengan digitalizados o hacerles una revisión final; otros, ordenar las imágenes y video, así como escribir nombres y epígrafes para usar cuando los suban.
- Suban las entradas a un *blog* e inserten las imágenes que seleccionaron. Diseñen las páginas del *blog* y pongan los títulos que habían pensado.
- Para presentar digitalmente el blog pueden escribir una nota, mail o posteo en el blog de la escuela o a través de otra red social que usen para dar a conocer los blog e invitar a otros lectores a este juego entre ficción y realidad... Porque, quién sabe, tal vez en las redes algunos piensen después de leer su blog que Sherlock vive... y en Buenos Aires.

Actividades

Anexo 1

En este anexo se incluyen dos relatos que testimonian la afición del público porteño por la figura del detective inglés. El primero de ellos pertenece a la sección “Sherlock Holmes en Buenos Aires” y el segundo es una parodia sobre el detective inglés, publicada en 1918 en *El cuento ilustrado*.

El papel quemado. Memorias de John Rambat, de Julián J. Bernat

- No puede negarse —me dijo Sherlock Holmes mientras pasaban los bomberos a todo escape —que el Cuerpo de Bomberos de Buenos Aires está admirablemente organizado.
- Tiene usted razón.
- Claro está que adolece de ciertas deficiencias; pero puedo asegurarle que es infinitamente superior al de muchísimas ciudades europeas.
- ¿Lo ha visto usted en el trabajo?
- Sí y no. El otro día vi a bomberos ocupados en extinguir un incendio sin importancia...
- ¿Quiere que vayamos a verlos trabajar?
- Bueno.

Desde la confitería de donde acabábamos de salir, hablé por teléfono al cuartel de bomberos preguntando dónde era el incendio. Me lo dijeron. Tomamos un coche y diez minutos después nos hallábamos en el lugar del siniestro, como dicen los repórters policiales.

Los bomberos acababan de llegar y estaban tendiendo varias líneas de mangueras, mientras sus jefes examinaban aquella enorme hoguera y tomaban las disposiciones necesarias para atacarla.

Con nuestro carnet de periodistas, —yo le había conseguido uno a Sherlock Holmes— pudimos llegar hasta el edificio que estaba ardiendo y nos unimos a un grupo de repórters y empleados de policía que acababan de llegar.

Lo que ardía era un aserradero de maderas compuesto de un edificio de material al frente y un gran galpón al fondo donde se hallaban las maderas y las maquinarias. En el edificio de material, al que se penetraba por un gran portón que servía de entrada a los carros, se hallaba el escritorio y encima de este las habitaciones de uno de los dueños del aserradero, a quien llamaremos Eduardo Ramírez, pues consideraciones que no escaparán a nuestros lectores nos impiden darle su verdadero nombre.

A simple vista se veía fácilmente que el fuego se había iniciado en el edificio de material, que en aquel momento no era más que una espantosa hoguera.

Tal vez por eso los esfuerzos de los bomberos se redujeron a aislar aquella hoguera, impidiendo que el fuego se propagara a las casas vecinas y al galpón del fondo, que ya había empezado a arder.

Sherlock Holmes miraba trabajar a los bomberos y observaba las enormes llamas que, impulsadas por un fuerte viento, lamían furiosas la alta pared de un edificio de tres pisos que estaba a la derecha del aserradero.

Actividades

—¡Qué hermoso espectáculo! —exclamé,

—Hermoso y terrible —dijo Sherlock.

En aquel momento se derrumbó el techo; cayeron las paredes casi encima nuestro y un humo espeso, mezclado con enorme cantidad de chispas, nos envolvió por completo, al mismo tiempo que una gran cantidad de papeles, encendidos unos y a medio quemar otros, se elevaban en el espacio, cayendo luego en diversas direcciones.

Retrocedí apresuradamente, y cuando se disipó la humareda busqué a Sherlock Holmes con la vista, sin poderlo encontrar en el primer momento. Lo busqué por todas partes. El grupo de periodistas y empleados de policía se había dispersado y los que lo formaban se encontraban en distintos sitios, separados unos de otros y ocupados, la mayor parte, en recoger los papeles que caían a su alrededor.

También yo recogí algunos, mientras buscaba a mi amigo, y cuando me dirigía a entregar los papeles a un oficial de bomberos, vi a Sherlock hablando con un joven. También él me vio, se adelantó inmediatamente hacia mí, y poniendo en mis manos los papeles que había recogido, me dijo rápidamente:

—Finja no conocerme; entregue estos papeles, y después no pierda de vista a ese joven que estaba conmigo. Sígalo, y venga luego a casa.

Y con el aire más natural del mundo, volvió al lado del joven, mientras yo iba a entregar al oficial los papeles recogidos por mí y los que me acababa de entregar Holmes.

Luego, siguiendo las instrucciones que acababa de darme, me coloqué en sitio donde no pudiera perder de vista a aquel joven.

Confieso que me sorprendieron sobremanera las instrucciones de Sherlock, pero como estaba ya acostumbrado a su manera de ser, me limité a cumplirlas y a tratar de explicarme las razones que podría tener mi amigo para habérmelas dado.

El joven se separó de Sherlock Holmes algunos pasos y se dirigió a otro sitio. Yo lo seguí a distancia viniendo, por ese movimiento, a pasar al lado de mi amigo, quien me detuvo y me dijo:

—No lo siga más. Cuando se retire de aquí, lo seguiremos los dos. Solo se trata de no perderlo ahora de vista para saber luego su domicilio; pero *aún* no se irá.

—¿Ocurre algo de particular?

—Poca cosa. El incendio que estamos presenciando es obra de una mano criminal...

—¿Y cree usted que ese joven es el incendiario?

—Hace poco lo sospechaba; ahora estoy seguro de ello.

—No dudo que sea así; pero me extraña que siendo él el incendiario permanezca por aquí.

¿No teme que se descubra algún indicio y...?

—Sí; lo teme mucho; pero *aún* no se irá.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que no se irá, hasta que aparezca el cadáver del otro.

—¿Un cadáver?

—Sí. Entre esos escombros hay un hombre carbonizado.

Actividades

Nunca como entonces admiré la sagacidad, la clarividencia, la observación, el talento y, sobre todo, aquella sublime intuición de Sherlock Holmes. Porque aún no había vuelto de mi sorpresa cuando algunos bomberos sacaban el cadáver de un hombre completamente carbonizado. Nos aproximamos a contemplar aquel fúnebre hallazgo, y vimos que también se acercaba el joven.

—Ahora se irá — me dijo Sherlock— Sigámoslo separadamente. Nos reuniremos en casa. Efectivamente; después de contemplar un momento el cadáver, el joven se alejó y le seguimos sin dificultad, aunque tomando muchas precauciones, pues a cada momento se volvía a mirar hacia atrás.

Media hora después me hallaba en casa de Sherlock Holmes.

—¿Cómo ha podido usted —le dije— tener en tan poco tiempo la seguridad de que el incendio ha sido intencional y que el incendiario es ese joven a quien acabamos de seguir?

—Pues eso no es nada, amigo Rambat. También sé que la víctima ha muerto de dos tiros poco antes de declararse el incendio.

—¿Cómo?... —exclamé, en el colmo del asombro.— ¿Se lo ha dicho el asesino?

—Con aquel joven no he hablado más que de cosas indiferentes.

—Pues no comprendo.

—Y tal vez pueda decirle algo más dentro de un momento.

Y sacando del bolsillo uno de los papeles medio quemados que había recogido, me lo tendió diciendo:

—¿No le dice a usted nada este papel?

Lo examiné. Era un pedazo de papel de carta de color rosado. La parte izquierda se había quemado casi toda, y en lo que quedaba se leían solamente estas palabras:

*tima vez
ases conmigo.
Onor
la memoria
rdarás de mí.*

—No comprendo qué puede significar esto.

—Pues vamos a ver si reconstruimos la carta.

Tomó una hoja de papel, y después de cerca de una hora empleada en escribir, borrar y volver a escribir, me dijo:

—¿Se compromete usted a encontrar mañana al joven a quien acabamos de seguir?

—Ya lo creo. Sabiendo donde vive.

—¿Le ha visto bien la cara?

—No mucho.

—Pues no dará usted con él, aunque lo tenga a dos pasos de distancia.

—Sin embargo...

—El incendiario no es incendiario; es *incendiaria*.

—¿Cómo?

—Ese joven... es una mujer.

Actividades

—¿Está usted seguro?

—Como de todo lo demás. Cuando se desplomó el techo y nos vimos envueltos en aquella nube de humo y de chispas, corrí hacia atrás y tropecé en el cuerpo de aquel joven, o, mejor dicho, de *aquella* joven que, corriendo también, acababa de caer. Creyendo que se hubiera lastimado, la levanté del suelo, y entonces tuve la primera sospecha, pues vi que el chambergo lo llevaba atravesado por un pincho de los que usan las señoras en los sombreros, pero más corto y sin cabeza. Además, al levantarlo, recogí del suelo un revólver que había a su lado y que probablemente se le cayó al caer ella. Me dio las gracias y hablamos un momento de cosas sin interés. Durante nuestra conversación observé que se hallaba muy agitada y que su voz no era de hombre. También noté que buscaba algo en los bolsillos y supuse que buscaría el revólver. Le pregunté si había perdido algo, y, para disimular, me dijo que creía se le había extraviado un papel; luego sacando uno de un bolsillo exclamó: “No; aquí lo tengo”. Pero todo aquello no era más que una comedia, muy ingenua por cierto, y muy mal representada, para no decir que había perdido el revólver. Cayeron papeles a nuestro alrededor; recogí algunos, entre los cuales me llamó uno la atención, por ser igual al que sacó la joven del bolsillo.

—Y ese papel ¿es este?

—El mismo. Como usted ha visto, he tratado de reconstruir la carta y creo haberlo conseguido. Oiga usted. Y leyó:

“Por última vez, te escribo para suplicarte que te cases conmigo. Yo no amo ni puedo amar a un *miserable* como tú; pero si te niegas a devolverme el *honor* que me robaste, te juro por *la memoria* de mi madre que te *acordarás de mí*”.

—No está mal; pero convendrá usted conmigo en que, con las pocas palabras que han quedado intactas en el papel, se pueden reconstruir muchas cartas de diversos sentidos.

—Sí. Pero ninguna será tan sencilla, tan menos rebuscada, tan natural como esta. Y, sobre todo, teniendo en cuenta el carácter de letra, que es muy igual y muy diminuta, ninguna dará la medida exacta de las líneas en una hoja de papel de esquila. En cuanto a la letra, no hay más que verla para conocer que es femenina.

—Eso sí.

—El revólver es este, y, como usted ve, hay dos cápsulas vacías. El asunto resulta vulgar. Una *hísterica* se deja seducir por un hombre que luego la abandona. Ella se desespera, se trastorna, consigue una entrevista con él, le tira dos tiros, y luego, enloquecida, prende fuego a la casa. Todo eso es muy vulgar y no vale la pena que nos ocupemos más del asunto. ¿Quiere usted una taza de té?

Creo inútil decir a mis lectores que todo el drama se había desarrollado en la forma descripta por mi amigo.

La incendiaria se denunció ella misma dos días después y lo confesó todo.

Actividades

El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer

Polidoro era un joven pálido, de ojos soñadores y labio caído, lo que no impedía exteriorizar un espíritu risueño, pues amaba el tango con corte, hacía juegos de palabras, tocaba el acordeón (definido por todos los autores como el menos filosófico y enternecedor de los instrumentos) y prefería los periódicos festivos al Kempis y al Diario de Sesiones.

Sus padres, pobres, pero tucumanos, habían predicho, desde que vio la primera luz –que por cierto fue la de una lámpara de kerosene, pues nació en la madrugada de un 8 de abril– que Polidoro no venía al mundo para ser una simple expresión demográfica, sino para algo más honroso, elevado y digno de la especie.

— ¿Te has fijado en el gesto que pone cuando le aplican la esponja del agua fría en la región glútea? — observaba don Hildebrando, padre del recién nacido, a doña Efigenia, su consorte.

— Sí — contestaba esta —, pero todos los niños se estremecen igual.

—No lo creas; los niños vulgares lloran, encogen las piernas y se revuelven en guarangas contorsiones, revelando un natural chúcaro y una grosería ingénita. El nuestro es sobrio en la protesta, moderado en el vagido y temperante en el pataleo, lo que acusa un sentido de la circunspección y de la urbanidad que solo puede atribuirse a su precoz discernimiento. Obsérvale cuando mama: primero examina el recipiente lácteo, como si le interesara conocer el mecanismo que encierra; después aplica los labios, suave y parsimoniosamente, a la vivificadora canilla, y una vez en la tarea de la succión, el ritmo pausado con que traga deja ver claramente que la angurria no se asocia a su instinto de conservación, porque la considera como una falla del bebé correcto.

—Anoche me dio un mordisco por querer alimentarse afanosamente.

—Soñaría con que se lo daba a Ugarte en el cogote, sabiéndome distanciado del partido conservador. No te quepa duda de que el nene reúne todas las condiciones necesarias para figurar entre los conspicuos.

Polidoro fue creciendo bajo los mejores auspicios para la vanidad paterna, que todo lo interpretaba en favor del purrete. ¿Agarraba este un tintero o el tacho del engrudo para beber su contenido? Pues denunciaba sed de escribir o de pegar. ¿Metía su dedito por un ojo del gato? Pues era para explorar su encéfalo con fines psicológicos. ¿Clavaba las tijeras en la pulpa del aya? Pues no pretendía hacerla brincar de dolor, sino someterla a una prueba de inmutabilidad estoica para mejor calcular la fuerza de sus facultades volitivas.

Solo un día flaqueó en su fe el papá de Polidoro, y fue aquel en que el maestro de primeras letras le dijo:

—Señor, su nene, si no estoy muy equivocado, va a ser una mulita y perdone la comparación.

— ¿Qué dice usted? —repuso airadamente el progenitor del presunto irracional.

—Lo que oye. Llevo ya muy cerca de tres meses tratando de embutirle el abecedario, y aún estoy en la jota, de la que no puedo hacerle pasar ni a cañonazos.

Actividades

- Su abuelo fue aragonés y no tiene nada de particular que esa letra en que se ha empacado le abstraiga y ensimisme por ineluctables tendencias líricas y coreográficas.
- Puede que sea así, pero es que además hace bolitas de papel con las hojas del silabario, dice cosas feas de mi señora madre, imita con la boca ruidos que no corresponden a esa parte del cuerpo, y se come la tiza de los pizarrones.
- Todo eso es propio de los niños prescientes. La travesura infantil denota imaginación vivaz, rápido entendimiento y energías vitales de que carecen todos los retardados física y moralmente.
- Opino, señor, todo lo contrario, y tan firme es mi convicción de que estoy trabajando “al cuete”, que desde ahora renuncio a insistir en que avance una sola letra de la jota, aunque me dé usted mil pesos por cada una más que aprenda.

Le preocupó mucho a don Hildebrando esta actitud resuelta del educador, evidentemente aterrado ante la perspectiva de desasnar a Polidoro; pero no tardó en reaccionar y de nuevo engréido con las extraordinarias dotes de su vástago, se transportaba a un futuro en que le veía ocupando la silla presidencial, ciñendo a sus sienes la mitra del arzobispo, inventando una máquina para extraer aluminio del alcaucil, emulando a Salomón o reduciendo a poroto a Hindenburg, Moreira y demás peleadores famosos de la clase civil y militar.

Polidoro, no obstante, conjugaba a los doce años hacido por hecho, pensado por pensado y cuezco por cuezo, pero en cambio imitaba a la maravilla el gruñido del chanco, fumaba expe- liendo el humo por las narices y corría en cuatro pies con la agilidad de un “Botafogo”, haciendo pensar a la gente que ya había encontrado la carrera más acomodada a sus aptitudes.

No fue, sin embargo, la hípica su verdadera vocación, pues cierto martes..., pero no precipi- temos los acontecimientos.

Dos o tres años después de producirse fonéticamente como un digno sucedáneo del cerdo, Polidoro leía de corrido los títulos de los diarios, sumaba de memoria hasta diez, distinguía los barómetros de los relojes, se ondulaba el cabello con arte singular y sin otro auxilio que el de una lapicera, hacía sus prístinos balbuceos en el acordeón, con tan notorio dominio del ar- monioso artefacto, que al poco tiempo expresaba con él lo que quería, y aún repite su padre de memoria el suelto que publicó El Susurro Social con motivo del concierto organizado a beneficio de un viudo al que atropelló una motocicleta cuando volvía de enterrar a su mujer, sacándole de quicio una porción de huesos indispensables.

“Pero el éxito de la noche –se decía en dicho suelto– lo constituyó el joven Polidoro Mojarrita, a cuyo cargo estuvo el solo de acordeón que figuraba en el programa. Principalmente en las piezas Manggia que t’escucho, A mí, con la piolita y Sácame l’alpargata, sácame, demostró una sensibilidad tan melódica, puso tal riqueza de matices, desarrolló una técnica tan vigorosa y persuasiva, supo penetrar tan en lo hondo el corazón de la concurrencia, que algunos del

Actividades

auditorio, presas de una emoción irreprimible, prorrumpieron en aclamaciones y vítores al artista, a sus papás y parientes más cercanos y a don Victorino de la Plaza, de quien se sabe que es el principal estimulador de las singulares disposiciones musicales de Polidoro, pues al serle presentado el novel concertista para que le tocara algo, tuvo ocasión de apreciar su extraordinaria soltura, tanto en el manejo de la tecla como en el del fuelle captador del aire, en que hincha y deshincha con ímpetus ora enérgicos, ora suaves, según que la sonoridad deba reproducir la imprecación o el sollozo, el dulce lamento de la melancolía o el detonante arrebatado de la iracundia.”

—Este chicuelo —afirmase que declaró el ex vice en ejercicio— lo expresa todo neumáticamente, y en el primer acuerdo que celebre para tratar de asuntos notables o en que intervengan notas, propondré que se le otorgue una beca para que siga estudiando el acordeón en cualquier academia poliacústica de Bulgaria o en el Murgatorio Imperial de Petrogrado.

Cada vez más chocho con su hijo, don Hildebrando no veía en todas las paredes de la casa espacio bastante para las coronas que los triunfos de Polidoro hacían inminentes, y había que oírle en el club, en la calle o en la botica que frecuentaba por la noche para jugar al truco con el idóneo, el jefe del correo, un dentista de la localidad y algunas veces el juez de menores.

—No me hablen de Hileret —decía cuando se suscitaba alguna discusión sobre los adelantos de la industria azucarera—. El más grande ingenio de esta provincia es el de mi Polidoro. Y si la conversación recaía sobre el esprit, la agudeza o la chistosa elocución, tenía para su hijo frases como esta:

—Donde está Polidoro, boca abajo todo el mundo, aunque sea de Alta Gracia. Yo, cuando tengo el labio partido, tengo que huir del pebete, porque no puedo contener la carcajada y se me abre todo.

Cumplía los diecinueve años un martes del mes de abril (y aquí viene el acontecimiento que no queríamos precipitar) cuando la caprichosa suerte, el irónico acaso, la burlona casualidad quisieron poner en manos de Polidoro un libro, y que este fuera de Conan Doyle y que se titulara Aventuras de Sherlock Holmes.

Por ese tiempo ya había logrado Polidoro leer bastante aprisa, porque renunciaba a toda puntuación que implicase soluciones de continuidad retardatarias, aunque ello atentase contra la buena construcción gramatical y el sentido de las oraciones. Así es que, en poco más de una semana, ya se había embuchado íntegra la obra, verdaderamente revolucionaria para su espíritu, porque determinó un cambio radical en todas sus modalidades. Dejó de tocar el acordeón; contrajo el ceño en sombríos arcos; empezó a ver con displicencia el zapallo, su manjar favorito; se mostraba inquieto a todas horas, principalmente en las nocturnas, y fue abandonando su cabello hasta el punto de no ondulárselo con artificio.

Actividades

Sus padres, muy especialmente don Hildebrando, se sintieron invadidos por la aprensión y la zozobra, no sabiendo a qué atribuir aquella súbita transformación de las aficiones, costumbres y manera de ser de Polidoro.

—Puede que sean los desequilibrios sintomáticos del genio —observaba don Hildebrando para mitigar la alarma y congoja de su mujer—. Dios sabe lo que estará maquinando ese cerebro asaz llameante y hervoroso.

—¿Estás seguro de que habrá comprendido bien todo lo que leyó en ese librote? —interrogaba la recelosa madre, más pesimista que su esposo en cuanto a las entendederas del chico.

—¡Cómo no voy a estarlo! No ha de ser más incomprensible que aquel manifiesto publicado recientemente por el comité autonomista, y ya viste la facilidad con que descubrió que se trataba de producir una escisión con los del grupo que sigue al doctor Lisandro de la Torre.

Con el ensimismamiento, el desaliño, el desasosiego y la inapetencia, coincidió otra anomalía que no pudo pasar desapercibida para los que observaban atentamente a Polidoro, quien a partir del instante en que terminó la última página de aquella afortunada obra con que se estrenase como lector de libros, se entregó furiosamente a las crónicas policiales de los diarios, sección informativa por la que nunca había demostrado el más pequeño interés, y que, a decir verdad, más bien aborrecía desde que por ella supo que en una cervecería frecuentada por alemanes fue seriamente lastimado en el apéndice nasal un joven catamarqueño, por el simple motivo de haber tocado La Marsellesa en el acordeón, no explicándose Polidoro que, ni por razones de patriotismo, pudiera ser nadie acordeonófono.

—¿Ha venido El Orden? ¿Trajeron La Gaceta? —preguntaba desde que las primeras claridades del astro naciente disipaban las negruras de la noche.

Y azorado, nervioso, intranquilo, caminaba del balcón a la puerta de calle y de esta al balcón, sin dar punto de reposo a sus remos inferiores, hasta que el repartidor venía con la anhelada hoja.

Nadie podía interrumpirle durante la lectura sin desafiar los más graves riesgos, lo que determinaba una quietud y un silencio de tumba en toda la casa.

A cada atracón de sucesos policiales sucedía un letargo parecido al de las serpientes ahítas de alimento, durante el cual se le veía a Polidoro recogido en sí, con los ojos entornados, tironeándose del belfo, las piernas estiradas y la cabeza caída para atrás. De pronto se incorporaba como impelido por un resorte, extraía un lápiz del bolsillo del chaleco y una libreta del interior del saco, y, con los diarios ante los ojos, hacía anotaciones y algunas figuras geométricas, después de lo cual se entregaba a extraños menesteres que ponían en movimiento a todo el mundo.

—¡A ver dónde hay una lupa! ¡Necesito un poco de cera! ¡Que me traigan un compás! ¡Me urge un bigote postizo! ¡Búsquenme goma de borrar y una piel de conejo!

Actividades

Aquella boca no cesaba de pedir cosas raras, mientras lo restante del cuerpo se movía en vertiginosas ambulaciones revolviendo estantes, trasegando ropas y abriendo cajones.

—Hildebrando, nuestro hijo ha perdido la chaveta definitivamente —musitaba misia Efigenia, medio atorada por la aflicción.

—No macanees, mujer. Cuando pide todo eso y aun busca algo más, será porque lo necesita. Bien agitada estuviste vos el otro día, yendo de aquí para allá y haciendo mil preguntas, incomprensibles para mí, y sin embargo no te supuse alienada sino urgida de algo, que luego resultó ser el tarrito del ungüento contra los bichos colorados.

Un lamentable acontecimiento social vino a constituir el tema de todos los comentarios y a monopolizar el celo inquisitivo de los repórteres policiales, para quienes la tinta existente en Tucumán era poca si habían de escribir con la extensión reclamada por un suceso tan subyugante...

Se trataba del robo de una pulsera que le había sido regalada a una señorita con motivo de su enlace, habiéndose notado la substracción durante la fiesta con que se celebraba el casamiento en la casa de la novia, consistente en un baile amenizado con masas, sandwiches, refrescos y licores finos.

La joya desaparecida, tasada en mil trescientos cincuenta y siete pesos por uno de los circunstantes, se exhibía junto a los demás regalos, valiosos también algunos de ellos, sobre una consola colocada en lugar preferente, ante la cual se habían oído muchas frases de admiración igualmente gratas para los obsequiantes que para los obsequiados.

La policía, como medida previa, había detenido a los sirvientes y a un caballero de pronunciación extranjera y bastante cargado de espaldas, que se hizo notar por sus reiteradas visitas a la consola y sus frecuentes acometidas a los sandwiches de anchoa y a las botellas de guindado. Dijo ser viajante de una fábrica de escofinas para las durezas de la epidermis y haberle invitado a la recepción un canónigo amigo del párroco que bendijo la coyunda, con quien había hecho relación en Cacheuta cuando estuvo en aquel establecimiento termal para curarse de unos dolores agudos que empezó a sentir en la rabadilla desde que se cayó de una escalera de mano al colgar un mosquitero.

No necesitó más Polidoro para orientar definitivamente su acción y sus aptitudes. Nada de música con o sin fuelle. Él había nacido para detective como Sherlock Holmes, al que de fijo eclipsaría en cuanto se lo propusiera, disponiendo de la perspicacia, astucia, sagacidad e intrepidez que le dio Natura.

—Esta es la mejor oportunidad para hacer mi debut —se dijo en cuanto leyó el primer relato del suceso delictuoso, y, por su exclusiva cuenta y con olímpico desdén por los trabajos policiales, se lanzó a la búsqueda del raspa.

Actividades

La tarea se le presentó erizada de dificultades, y el plan a seguir debía ser objeto de gran meditación para que el olvido de un solo detalle no malograra el éxito de la pesquisa...

Lo primero que se procuró fue un plano de la casa en que se había efectuado el robo, con la exacta ubicación de los muebles en sus respectivas habitaciones, lo que es de suponer el ímprobo trabajo que le exigió y los disgustos que le acarrearía, pues las personas que le encontraban en el momento de aplicar la cinta métrica a un muro del zaguán, a una puerta o a una persiana, trepado a las balaustres del balcón, le creían llevado de malos fines, y hubo un lechero vasco que le agarró por las piernas y le hizo bajar a tirones, creyendo que trataba de apoderarse de unas cortinas.

Considerándolo elemental, obtuvo una lista de los regalos hechos a los novios, que podían dividirse en dos categorías: suntuosos y prácticos. Entre los primeros figuraban, con la rica pulsera que se hizo humo, un anillo de oro representando una lagartija enroscada en sí misma como para echarse a rodar; un par de aros de oro y brillantes de segunda agua, pero muy nitrada; un collar de ojos de merluza asiática engarzados en cobre, y un prendedor de platino en forma de un corazón hipertrofiado con perlas. Y entre los de segunda categoría: un bastón con puño de fémur de ternera; una pieza de género de algodón con mezcla de hilo y otra del mismo género, pero sin hilo, sistema Marconi; una cigarrera de piel de carancho; kilo y medio de papas en estuche, envase que justifica el alto precio a que hoy se vende este tubérculo; un frasco de Colonia pura, es decir, sin ruleta; un molde para budines; un limpiatubos de Carey; una imagen de San Francisco de Sales; un frasco también de sales; una letra a la vista por la suma de \$125,50 contra una casa de negocio de Tafi Viejo, y un reloj para mesa de luz, que da las horas, despierta con La Marianina, hace el café, corta el pan en rebanadas y lo manteca después de tostarlo, lía y enciende un cigarrillo y lustra los botines.

Esta lista de regalos fue complementada con la de sus donantes, especificando profesiones, edades, estado civil y económico, rango social, antecedentes de familia y cuanto pudiera convenir al más rápido y seguro esclarecimiento del robo.

De tales elementos provisto, restábale a Polidoro examinar minuciosamente el terreno en que operó el punquista, por si había dejado algún rastro, aunque solo fuera por llevar la contraria al conde de Luxburg, enemigo declarado de toda señal o vestigio que revele algún hecho execrable. Pero, ¿cómo introducirse en aquel hogar tan desdichadamente inaugurado? Era, sin duda, la mayor de las dificultades que Polidoro necesitaba vencer, y a ello consagró por entero su inventiva.

Toda una noche se pasó exprimiendo el meollo y mordiéndose el labio con que, a guisa de válvula de escape, acostumbraba desahogar sus impacencias y nerviosidades, a lo que se debía que le tuviese gordo como el de un hotentote y extraordinariamente caído.

Serían próximamente las 4.30 de la madrugada, cuando una sonrisa de satisfacción vino a iluminar su rostro, anticipándose a Febo. ¿Había encontrado la solución que perseguía?

Actividades

Algo de eso debió ocurrir, porque raudo, como en todas las manifestaciones dinámicas de su naturaleza impulsiva, se dirigió a una cómoda, sacó del primero de sus cajones una lente de aumento con manija de jacarandá, un pañuelo de la nariz, una pinza, una linterna eléctrica de bolsillo y una caja de bombones de chocolate, sujeta por una cinta con los colores de la bandera nacional. Después se encaminó al vestíbulo, tomó del perchero una galerita algo longeva, pero a la que ningún Berisso había roto las alas, y se precipitó por la escalera, llegando en tres brincos a la calle.

Empezaba a amanecer y eran fáciles de contar los transeúntes que circulaban a esas horas por “El jardín de la República”: algunos vendedores ambulantes, unos cuantos peones municipales, escoba en ristre, varios canes nocherniegos olfateadores de tachos con basuras, y los vigilantes que, estratégicamente distribuidos, velaban por el orden y la seguridad del vecindario. Era Polidoro el único ser humano que se mostraba con galerita a los más madrugadores.

Doblando a la derecha por la primera esquina, caminó tres cuadras, volviendo a doblar por otra de las vías transversales, en la que le esperaba un episodio ingrato por todos conceptos, pues había recorrido unas quince o veinte varas apenas, cuando un pichicho de los que husmeaban residuos comestibles, creyendo tendenciosa la rapidez de la marcha de Polidoro, porque no era el primer puntapié que había recibido de los que iban hacia él con igual paso, salió a su encuentro mostrándole los colmillos, y como viera que el bípedo transeúnte, lejos de aceptar la provocación, abandonaba prudentemente la vereda, para esquivar el encuentro con su adversario, no vaciló en irsele a las gambas y hacer presa en una de sus pantorrillas. Sin más armas con qué defenderse que la lupa, la pinza y la caja de bombones, optó por dirigirse al recipiente en que momentos antes metiera su hocico el animal, y extrayendo de él una costilla de vacuno impúber, la arrojó contra la cabeza del pendenciero, con tan exacta puntería, que el animalito, seriamente lesionado en la tapadera de los sesos, metió el rabo entre las piernas y disparó como lanzado por una catapulta.

No triunfó “de arriba”, sin embargo, el joven Polidoro, pues un ligero examen de la zona atacada comprobó una rasgadura en el pantalón y un desperfecto de carácter erosivo en la molla pernil.

El término de la gira lo señaló un edificio de altos y de construcción moderna que se levantaba entre otros dos más antiguos y de una sola planta. Correspondía al número 251 de la calle, que por sumar ocho presagiaba los más felices resultados para su empresa, porque ocho era el día de su nacimiento, ocho los años que tenía cuando logró salir de la jota, ocho la fecha en que tocó para el viudo desencuadernado por la motocicleta, ocho los pesos que le había costado el acordeón (de segunda mano), y ocho las letras de este, las de su propio nombre, las de la madre y las de don Hipólito Yrigoyen.

La puerta de calle permanecía cerrada aún, y se puso a pasear por la vereda sin perder de vista a ninguno de los perros que pasaban. El sonido de una llave y la apertura de dos macizas hojas

Actividades

de cedro, anunciaron la presentación de una mujer morocha, de cabello abundante y negro como la conciencia del fisco, nariz ligeramente arqueada y húmeda en su parte inferior, ojos oblicuos, pero fulgurantes, boca más bien chica, estatura regular y menguadas carnes, salvo algún sitio del tórax en que se habían acumulado para curvar la línea en pronunciada convexidad. La acción del tiempo no acusaba estragos que permitieran atribuir más de veinticinco primaveras a la poseedora de aquel físico, y por su indumentaria modesta y la canasta que pendía de su brazo colegíanse las funciones de sirvienta que desempeñaba. Conocía la Polidoro por haberla visto en la hojalatería donde varias veces le compusieron el acordeón, y fue verla a tiro de saludo y decirle dulce y cariñosamente:

- ¡Buen día, Ramona!
- Buen día, niño.
- Al mercado, ¿eh?
- Sí, señor. Es el primer día que voy desde hace una semana, porque ya sabrá usted, que me tuvieron detenida.
- Lo sé, y bien injustamente por cierto, pues nadie puede creerla capaz de una acción tan mala.
- El comisario tampoco lo creía, pero como precisaba detener a alguno...
- Ayer supe que la habían puesto en libertad, y para demostrarle que me alegro mucho he venido a traerle estos bombones de chocolate, que son los preferidos de usted, según me dijo el hojalatero.
- Muchas gracias. ¿Por qué se ha molestado?
- No hay tal molestia. Hay que recompensar de algún modo la virtud cuando triunfa de la malevolente sospecha.
- Es usted muy bueno y generoso.
- ¿Y no sabe usted si la policía adelantó algo en la investigación?
- Creo que no, porque la señora sigue desesperada y dice que todos son unos “ineztos”.
- Pienso del mismo modo, y si a mí me facilitasen los medios de intervenir en la pesquisa...
- ¿Entiende usted de buscar ladrones?
- He estudiado mucho sobre ese particular, y por lo que sé de la actuación que hasta hoy ha tenido la policía, yo le garanto que el robo quedará “impugne”.
- Sería un escándalo!
- Pues téngalo por seguro, y si usted desea evitarlo y que su patrona recupere la alhaja, hágala saber que estoy dispuesto a seguir las averiguaciones independientemente de la policía y con grandes esperanzas de esclarecer en breve plazo este asunto tenebroso.
- Cuente usted con que la señora aceptará sus servicios, porque no ve el momento de juntarse con su pulsera. En cuanto vuelva del mercado voy a decírselo.
- ¿Cuándo y cómo podré saber la contestación?
- Yo misma iré a llevársela.
- ¿Sabe mi domicilio?
- Sí, junto a lo de Pengüín, frente por frente de la zapatería “El zueco dorado”.

Actividades

- Allí mismo. Probablemente me encontrará usted esperándola en la puerta.
- Pues hasta después, que no quiero demorar su encargo.
- Adiós, Ramona.
- Y muchas gracias otra vez por los bombones.
- De nada, mi prenda.

Retornó a su hogar Polidoro tan embriagado por el contento que varias veces tuvo que pedir disculpas por sus ciegas embestidas a la gente que encontró en el trayecto, en una de las cuales derribó a una vieja, en otra a un atáxico y en la última la parihuela de baratijas que transportaban dos turcos, cuya cólera abortó en simples denuestos gracias a los nueve puntos que el atolondrado joven dio a sus tabas, ganoso de poner toda la tierra posible entre sus mejillas tiernas y los acerados puños de aquellas dos furias otomanas. Y convengamos en que el paroxismo jubiloso no era para menos ante la probabilidad de conseguir que se le allanara un camino tan áspero y duro como el que se disponía a recorrer con su oficiosa gestión detectivesca.

Dos horas y pico permaneció apostado en el dintel de la puerta de su casa, y quien posea nervios un poco reacios a la calma reflexiva y una vehemencia como la que Polidoro ponía en todo lo que lo apasionaba, no creerá exagerado que este considerase su plantón, a la espera de Ramona, tortura equivalente a la de haber tenido que escuchar durante ese tiempo un discurso parlamentario sobre finanzas, en sus relaciones más directas con el presupuesto. Pero todo llega en el mundo, menos el fallo del interventor federal que ahora ejerce el mando en aquella provincia, y Ramona llegó también, agitada, aunque sonriente, porque era portadora de una buena noticia para Polidoro. La señora había accedido a confiarle la pesquisa a condición de que lo ignorase su esposo, algo pariente del comisario, e invitaba al discípulo de Sherlock Holmes para que la visitase sin pérdida de tiempo, a fin de aprovechar la ausencia de Serafín, el dueño de casa, que entre 12 y 12.30 volvía del escritorio en que trabajaba como tenedor de libros para un constructor de tranqueras, tacos de billar y embudos.

Polidoro casi no escuchó las últimas palabras de la maritornes, pues con rapidez meteórica se encaminó al domicilio de la recién casada, al que llegó jadeante, con la corbata torcida, los charoles polvorientos y la faz demudada.

Recibido por la señora sin el menor reato protocolar, pues ni siquiera se cuidó de recogerse el cabello ni de cambiar las chancletas que llevaba por un calzado más distinguido, no tardó Polidoro en verse dentro de su campo experimental, cual era la propia sala en que el ladrón de la pulsera habíala arrebatado al embeleso de su propietaria.

- Sobre esta consola y una mesita que tuvimos que adosar a ella, estaban los regalos que nos hicieron —expuso la señora.
- ¿Qué sitio ocupaba la pulsera? —inquirió Polidoro.
- El centro, por ser la alhaja mejor y más vistosa.

Actividades

Polidoro sacó la cinta métrica y midió la distancia que había entre el centro de la consola y los bordes de la misma, entre estos y la puerta, entre la puerta y uno de los balcones, entre el balcón y el taburete del piano, y entre dicho asiento y el que ocupó la mayor parte de la noche un señor, representante de una casa inglesa exportadora de polvos para matar cucarachas, a quien la policía había querido detener en los primeros momentos juntamente con el de las escofinas.

Hecho lo cual, con las correspondientes anotaciones en la cartera, Polidoro siguió interrogando:

- ¿A qué hora dejó de verse la pulsera?
- Serían las nueve y media aproximadamente.
- ¿No lo sabe con exactitud?
- Con exactitud no, señor; pero recuerdo que a las 9 en punto llegaron las de Corvejón y se pusieron a tomar enseguida un helado de zanahoria con crema de vainilla que nos enseñó a preparar un escribano amigo nuestro, y con la última cucharada se fueron a ver los regalos y ya no estaba la pulsera. ¿No cree usted que estoy acertada al calcular en 30 minutos el tiempo que pasó desde que vinieron hasta que acabaron de tomar el helado?
- Según lo frío que estuviera.
- Al señor se le pasaban los dientes.
- ¿Han barrido ustedes la casa alguna vez desde el día del casamiento?
- Todos los días. ¿La encuentra usted muy sucia acaso?
- Precisamente me disgusta verla limpia, porque la escoba ha debido borrar importantes huellas. ¿Tenía bolsillos exteriores su traje de novia?
- ¡Qué esperanza! No se llevan.
- Fue su papá el obsequiante de la pulsera, ¿no es cierto?
- Sí, señor.
- ¿Cómo se llama?
- Apolinario Mondonguete, para servirle.
- ¿Sabe dónde compró la joya?
- No nos lo ha dicho.
- ¿Juega al póker el esposo de usted?
- No, señor. De naipes no conoce más que el tute de en medio.
- ¿Abandonó la casa algún invitado a la hora del robo?
- Ninguno enteramente. El único que salió unos momentos fue papá, temeroso de que cesasen la botica donde compra el remedio que sabe tomar para el flato ardiente, al que es muy propenso.

Y como la gentil e ingenua dama le observase que eran más de las once y que su marido no tardaría en llegar, Polidoro dio punto a su inconmensurable interrogatorio para entrar en lo técnico de su labor, y con la venia de la señora, que le autorizaba a escudriñar todo, “peló” el lente y, empezando por la habitación en que se hallaba, no dejó suelo, muebles, ropa ni objeto

Actividades

alguno que no sometiera a un examen minucioso a través del vidrio de aumento. En decúbito ventral unas veces, para reconocer el piso con la lupa, gateando otras por debajo de las camas y con el mismo fin, y subido sobre armarios y aparadores en busca de insospechados indicios, Polidoro llegó hasta la pieza más angosta, oscura y de ambiente más peculiar que tenía la casa.

Ansioso de impresiones digitales, en ningún otro sitio podía reunir más copioso material de observación y análisis científico como en este a que lo llevara su fino olfato de investigador. ¡Qué nitidez la de las huellas que presentaba el revoque de las paredes laterales! Si a simple vista se apreciaba el trazo del índice al deslizarse fugaz por la superficie enjalbegada, con el auxilio de la lupa se veían con notable relieve todas las circunvoluciones supercutáneas, permitiendo determinar no tan solo el calibre de la tercera falange, sino la persona a quien pertenecía, el grado de su pulcritud y una porción de circunstancias concomitantes de suma utilidad para la identificación.

Daba Polidoro por terminado con esta pieza el reconocimiento de la casa, cuando la señora le dijo que aún quedaba la de los baúles, pero que creía innecesario inspeccionar, porque nadie entró en ella extraño al servicio.

—No lo crea usted —replicó Polidoro—. Es cabalmente la que mejor pudo aprovechar el que necesitara ocultarse. Permítame que la vea.

La señora le condujo a un altillo en que, efectivamente, se guardaban tres baúles grandes, una valija, un catre de lona, varias sombrereras, una jaula de loro y algunos cachivaches más. Ayudado de Ramona, cuyo auxilio requirió para remover el baúl más grande y pesado, pues contenía libros y papeles, trabajó como una bestia, pero no sin fruto, porque instantes después de levantar en vilo aquella especie de Piedra del Tandil con figura de cofre, Polidoro lanzó un grito salvaje, que hizo pensar a la señora en la rotura de una tripa a consecuencia del esfuerzo.

—¡Un botón de calzoncillo! —vociferó estentóreamente.

—Pues de Serafín no es, porque los que lleva en la ropa interior son de nácar y este es de hueso y de los más ordinarios —alegó la señora apenas hubo acercado a sus ojos el botón encontrado.

—Eso proyecta más luz sobre su procedencia. ¿Está usted segura de que en la casa nadie usa botones como este?

—Segurísima, porque los de Ramona son de pasta, y el muchacho que viene a lavar la escalera y hacer los mandados no gasta calzoncillos, según asegura Ramona.

Sujetándolo con las pinzas y ayudado por la lente, Polidoro reconoció por todos sus lados la vulgar pieza, cuya cara exterior o anverso, moldeada en forma de presentar la periferia más prominente que la parte central, donde tenía los agujeros para el cosido, difería solo en esto de la otra cara o reverso, que era completamente lisa.

Actividades

Envuelto el botón en un papel, con el mismo cuidado que hubiera exigido una reliquia del Apóstol San Pedro, la guardó Polidoro en el bolsillo, dirigió a la señora algunas otras preguntas relacionadas con los invitados al ágape nupcial, principalmente las de Corvejón, y expresado que hubo su reconocimiento por las atenciones recibidas en su misión investigadora, se disponía a partir, cuando los pasos de una persona, que subía la escalera denunciaron la llegada de Serafín, el jefe de la casa.

—¡Ahí está mi esposo! —exclamó aterrada la señora—. ¡Por Dios, que no le vea!
Y empujando a Polidoro hacia un corredor, salió al encuentro de su marido, no tanto por halagarle con tal recibimiento, como por dar al joven detective el tiempo necesario para esconderse bien.

Polidoro se introdujo en el primer cuarto que encontró abierto —y que resultó ser el que la señora empleaba como cabinet de toilette—, y en el que había un ropero con vestidos, muy a propósito para servir de refugio en tan críticos momentos. En él se metió, cubriéndose con una amplia salida de teatro, suspendida en una percha de colgar junto a otras prendas femeninas.

Quiso el demonio que a Serafín se le ocurriera entrar en el toilette en busca de un polissoir para lustrarse las uñas, y a Polidoro se le paralizó completamente la sangre, poniéndole en los bordes del síncope. Nunca sintió más necesidad de toser y de estornudar; nunca le crujieron tanto las rótulas al menor movimiento, y nunca, como en ese instante, había deplorado no aceptar la invitación que le hiciera un amigo francés, naturalizado aquí, para que le acompañase a luchar en las trincheras contra los teutones.

Con un Dios aparte sin duda, Polidoro experimentó la inmensa dicha de ver salir al temible compañero de toilette, sin que se le antojase buscar nada en el ropero.

Hasta más de la una permaneció en su escondrijo, y cuando la señora dio con él, después de haberle buscado por todos los rincones desde que se fue Serafín, lo encontró rígido como una momia y hasta algo comatoso.

—¡Váyase pronto, por la Virgen, no sea que se le ocurra volver! —dijole la señora golpeándole suavemente en la boca del estómago para comprobar que aún vivía.

Polidoro lanzó un suspiro apamperado con el que hubiera podido apagar doscientas bujías a la vez, y sacando una pierna y al rato la otra, abandonó el ropero mirando recelosamente a todas partes, no muy seguro de estar a solas con la dueña de la alhaja desaparecida.

Y, una vez en la calle, se creyó resucitado, lo que le habilitaba para seguir su pesquisa con el mismo ardimiento que la empezó.

—Este insignificante disco de hueso —decía contemplando el botón— va a ser el venero de mi fama y de mi fortuna.

Actividades

Para averiguar la procedencia del botón, tuvo Polidoro la benedictina paciencia de interrogar una por una a todas las lavanderas de Tucumán y a los sirvientes de todas las familias que habían visitado la casa de los novios el día de la boda. Y no contento con esa investigación, efectuada por barruntar que entre los sirvientes y las lavanderas pudiera haber alguno a quien conviniese ocultar el nombre de la persona que tenía botones iguales al encontrado en la pieza de los baúles, resolvió comprobarlo por sí mismo, haciendo uso del coraje y la “caradurez” que siempre aplicaba con éxito a sus audaces empresas.

El primero a que abordó fue don Abundio, un profesor de volapuk, de sesenta y tres años de edad y lo menos ciento cuarenta kilos de peso del que decía un chacotón amigo suyo que era un gerundio metido en una barrica de chinchulines.

Polidoro fue a visitarlo con el pretexto de averiguar lo que cobraba por sus lecciones, y a las primeras de cambio se le fue a la panza con la diestra, y asegurando haber visto una araña que se le metía por debajo del chaleco, le desabrochó este y luego la pretina del pantalón para dejar al descubierto la de los calzoncillos, cuyos botones resultaron no ser como los que Polidoro necesitaba que fueran para declarar presunto caco al voluminoso profesor de volapuk.

Recurriendo a otro expediente, logró ver en calzoncillos a don Sofanor, otro de los invitados a la epitalámica fiesta. Don Sofanor es perito agrónomo casi de nacimiento, pues su padre, su abuelo y el autor de este ejercieron la misma profesión. Alegando necesitar con urgencia la mensura de un patio que iba a destinar al cultivo de la berenjena, se presentó Polidoro en su casa, al despuntar el día, para sorprenderle en la cama. La mensura de un patio y en hora tan temprana tenía que sobrecoger a cualquiera, por muy perito que fuese, y prueba que nuestro hombre se sobrecogió también el hecho de haber abandonado la cama “in continenti” y acudido a la presencia de Polidoro sin otro atavío que la carpeta del comedor sobre las ropas menores.

Percatado de la patraña con que su intempestivo visitante interrumpió lo más dulce de su sueño, hubo de matarle con el trípode de un teodolito que halló a mano, pero especialista en fugas desde que las practicó en el acordeón, en el caso de los turcos y después de su cautividad en el ropero, Polidoro se puso a buen recaudo del agrimensor, aunque no sin verle todo lo que quiso.

La policía mientras tanto no cejaba en su empeño de encontrar la pista del ladrón, y aprovechando la presencia en Tucumán de un agente de investigaciones de la metrópoli, que se había trasladado a aquella provincia para visitar a un tío residente en Agua Dulce, le había solicitado una “manito” en la pesquisa, obteniendo la promesa de una desinteresada cooperación.

Y puesto en campaña el aludido funcionario, averiguó por Ramona que se había encontrado un botón de hueso, extraño a los calzones y calzoncillos de la casa, y que ese botón se lo había llevado Polidoro.

Actividades

—Este joven debe ser un pájaro de cuenta —pensó el perspicaz agente— porque ya he sabido por varios conductos que anda en pasos muy sospechosos. Lo que me contó el lechero vasco, inclina a creer que se había trepado al balcón de don Serafín con algún rapaz intento, que muy bien pudo haber sido el de quedarse con las cortinas. Hay que detenerle sin demora antes de que se esfume.

Y al atardecer de un domingo 7 (bastaba que no fuese 8 para ser aciago) don Hildebrando entraba en la habitación de su hijo, que en ese momento contemplaba una fotografía de las impresiones digitales encontradas en las paredes de aquel pequeño recinto examinado en la casa de Serafín.

—Ahí está un caballero que desea verte —le dijo.

—¿Quién es?

—No me ha dado su nombre.

—¿Qué ropa usa?

—Como hay poca luz no lo he visto bien, pero me parece que lleva un jaquet color tórtola y una corbata café con leche, pero menos leche que café, atravesada por un alfiler que representa un gallo con chispas.

—¿Con chispas?

—Sí, con chispas de brillantes.

—Dile que entre.

Y entró el caballero del jaquet y del gallo, y después de saludar a Polidoro, ver la lupa, la fotografía, los planos y todo el arsenal “investigológico” de que estaba provisto y afirmarse en la creencia de que se hallaba ante el propio ladrón de la joya, le pidió cortésmente que le acompañara para una breve diligencia, y, una vez en la calle, le aseguró la mano izquierda con una esposa y se lo llevó al Departamento de Policía, donde fue registrado, encontrándosele, entre otras cosas, el botón del calzoncillo, envuelto en el mismo papel que había sido guardado. Enseguida lo metieron en un calabozo, donde quedó rigurosamente incomunicado.

Cuando los diarios hicieron conocer al público la sensacional detención, los padres de Polidoro se conmovieron al punto de sufrir don Hildebrando un semiataque de hemiplejía que le dejó duro el dedo gordo del pie y casi sin movimiento el ojo del mismo lado. En cuanto a sus relaciones y amistades, se manifestaron llenas de estupor, no faltando quien propusiera enviar colectivamente un telegrama al presidente de la República, al internuncio apostólico y a Wilson, protestando contra la arbitraria disposición policial y pidiendo la inmediata liberación del detenido.

Pero aún le esperaban otras sorpresas de más formidable efecto y la primera fue la de descubrirse que el botón encontrado era del mismísimo Polidoro. Un minucioso registro practicado en la casa del preso permitió comprobar que Polidoro tenía un par de calzoncillos a los que les faltaba un botón, y que el encontrado era exactamente de la misma forma, substancia, tamaño y color que los otros dos botones que aún le quedaban a la prenda.

Actividades

Solo faltaba ya encontrar la pulsera, pues en cuanto a que Polidoro fuese el raspa, no había la menor duda.

Obtenido lo más difícil de la pesquisa, gracias a la habilidad del agente metropolitano, no tuvo este por qué retrasar más tiempo su visita al tío de Agua Dulce, y hacia aquel punto rumbeó en el primer tren que Dios y los huelguistas quisieron proporcionarle.

Si hay en el mundo personas suertudas, este pesquisante de la gran urbe argentina merece el primer puesto, porque todo lo que se diga es poco de lo que le favorece el hado benévolo. ¿Quieren ustedes creer que en su viaje a Agua Dulce encontró la pulsera buscada? Tal como lo oyen. En el mismo compartimiento que él, viajaba una señora que lucía la alhaja perteneciente a la esposa de Serafín. Y conocía de la joya tantos detalles el agente, que no vaciló un segundo para decir a la pasajera:

- Señora, esa pulsera ha sido robada.
- ¿Robada? Usted me confunde, caballero.
- ¿En cuánto se la vendió Polidoro?
- A mí no me la ha vendido ningún Polidoro. La heredé de mi finada mamá, que en paz descansa.
- ¿Nunca se desprendió usted de ella?
- Solo una vez por un gran apuro económico, tuve que empeñarla en lo de don Apolinario; pero fue rescatada la víspera de su vencimiento, pagando lo que me prestó por ella, más los intereses. Por cierto que lo hice bien entrada la noche, porque debía partir en las primeras horas del día siguiente para Ranchillos y no quería exponerme a perder la alhaja por caducidad de la póliza. Le mandé decir a don Apolinario que si, por el casamiento de su hija, efectuado esa misma noche, le era incómodo que yo me presentase en su casa para la operación del rescate, me enviara la pulsera a la mía con persona que a su vez recibiese el dinero, y, no teniendo, por lo visto, ninguna de su confianza en ese momento, vino él mismo a traerme la pulsera, y aquí la tiene usted desde esa noche, pues yo cuando viajo no me la quito ni para dormir.

Por estos y los demás informes se puso completamente en claro lo ocurrido, que no fue robo, aunque sí acción punible ante el Divino Tribunal. Don Apolinario, prestamista por convicción y por utilidad, tenía como axiomático que las joyas de alto valor no rescatadas en las horas hábiles de la víspera del vencimiento eran abandonadas por el prestatario irremisiblemente. La pulsera la consideró perdida y, como lo que había prestado por ella era menos de la mitad de su valor, quiso que fuese el regalo que necesitaba hacer a su hija. Sorprendido por la reclamación de la prenda pignorada, no se atrevió a afrontar las consecuencias de una negativa injustificada y se decidió a tomar de la consola la pulsera, aprovechando una momentánea ausencia de los invitados al comedor, y llevársela a la empeñante, a reserva de compensar a su hija con otra alhaja de valor equivalente o con su importe en efectivo. Advertida la desaparición y lanzada al aire la palabra robo, dejó que la bola corriera, pensando que a nadie podía perjudicar sino a él, como único autor, pues la hija recuperaría lo perdido en plata o en objeto...

Actividades

Queda explicada la salida que hizo, pretextando ir a la farmacia, y en cuanto al botón de los calzoncillos de Polidoro, no hay que ser muy lince para suponer que saltó de la tela en uno de los esfuerzos que hizo para levantar con Ramona el baúl de los libros y papeles. Esos calzoncillos hubo de mudárselos rápidamente al llegar a su casa por razones que ignoramos, pero que son de colegir después de haberle visto con la batata que sacó del ropero, y es muy natural que en el apuro de cambiarse los calzoncillos no se fijara en la pérdida del botón de los que llevaba puestos.

Obvio es decir, en honor de la justicia tucumana, que lo pusieron en libertad con los pronunciamientos más favorables; pero ha jurado por Dios y por Bascary, no volver a meterse en andanzas sherloholmescas, y lo primero que hizo al restituirse al hogar de sus atribulados padres fue reemplazar una pequeña bobina, incorporada a los servicios sanitarios de la casa, con la obra de Conan Doyle, lo que reconocemos una herejía.

Nos han dicho que ahora trabaja Polidoro con un herrador de caballos, pero que aprovecha sus ocios tocando el acordeón, ventoso utensilio al que sin duda debe sus desgracias todo el que lo emplea, porque es sabido que quien siembra vientos...

Anexo 2

En este anexo se ofrece un repertorio de argumentos de otros relatos policiales para retomar el contenido y producir una versión adaptada para una entrada del *blog* a partir de variadas actividades.

Argumento 1. El crimen casi perfecto (Roberto Arlt)

Una viuda de mediana edad, la Sra. Stevens, es encontrada muerta en su casa. La primera hipótesis de la investigación es que se había suicidado. Ella se encontraba sola en el momento de su muerte y no había indicios de que las puertas y ventanas del lugar hubieran sido forzadas. Además, los análisis comprobaron que la muerte se produjo por la ingesta de cianuro que, aparentemente, la víctima había puesto en el vaso de whisky que se encontraba a su lado. Solo ella pudo administrar el veneno ya que no había restos de cianuro ni en la botella de whisky, ni en la de agua. Sin embargo, para el detective, ciertas pistas encontradas en la escena del crimen desbaratan dicha hipótesis. La Sra. Stevens se encontraba leyendo el diario cuando la sorprendió la muerte (conducta improbable de un posible suicida) y el frasco que contenía el veneno utilizado no había sido hallado en su casa.

De ser un homicidio, los únicos sospechosos eran sus hermanos, tres inescrupulosos que heredarían una suma importante de dinero de la viuda. Pero los tres tenían una coartada. El mayor, Juan, había permanecido desde las cinco de la tarde hasta las doce (la señora Stevens se suicidó entre las siete y las diez de la noche) en una comisaría por su participación imprudente en un accidente de tránsito. El segundo hermano, Esteban, se encontraba en el pueblo de Lister desde las seis de la tarde de aquel día hasta las nueve del siguiente; y el tercero, el doctor Pablo, no se había apartado un momento del laboratorio de análisis en el que trabajaba.

El detective debía encontrar un indicio que permitiera probar el asesinato de la Sra. Stevens antes de que el caso se cerrara. Luego de salir del departamento de la víctima, concentrado en el caso, entra a un bar y, aunque no estaba acostumbrado a beber, pide un whisky. Se queda un rato mirando el vaso y en ese momento se da cuenta de lo que ha sucedido. La señora Stevens acostumbraba a tomar el whisky con hielo. El hielo provenía de una heladera pequeña que poseía, que lo fabricaba en pancitos. La empleada de la viuda le había comentado que el día anterior Pablo, el hermano menor, se había encargado de arreglar la heladera ya que no funcionaba. El investigador envía a analizar el agua de la heladera y descubre que contenía veneno. Estos datos le permiten dilucidar el caso.

Actividades

Pablo, que era químico, puso, cuando reparó la heladera, en el depósito congelador, una cantidad de cianuro disuelto. Más tarde, la señora Stevens, sin saberlo, retiró un pancito de hielo que contenía veneno y lo echó en su bebida. A continuación, mientras leía el diario, bebió el whisky y murió inmediatamente.

El detective se presenta en la casa del homicida con la intención de detenerlo, pero este, al ver a la policía, sufre un ataque cardíaco y fallece. Al registrar su casa, encontraron que en el armario estaba el frasco de veneno con el que había asesinado a su hermana.

Argumento 2. La aventura de los tres estudiantes (Arthur Conan Doyle)

Una tarde se presenta ante Sherlock Holmes el señor Hilton Soames, profesor y tutor del colegio universitario San Lucas. Necesita pedirle su ayuda para resolver un caso que, de conocerse, desprestigiaría al colegio y desencadenaría un escándalo que afectaría a la propia universidad. Todos los años se llevaban a cabo en la institución los exámenes para obtener la beca Fortescue, una beca que ofrecía a los estudiantes una elevada suma de dinero para solventar sus estudios. Un día antes de los exámenes, Soames descubre que alguien ha tenido la oportunidad de copiarlos.

El profesor, entonces, le relata a Holmes las circunstancias del hecho. El día del incidente las pruebas del examen (una traducción del griego de un texto de Tucídides), que debían ser revisadas, llegaron a las tres de la tarde. A pesar de que no había terminado de corregir el material, Soames se retira a tomar el té a la habitación de un amigo y cierra con llave la puerta de acceso a su despacho. Al regresar nota que la puerta estaba abierta. Llama a su criado, el Sr. Bannister, y comprueba que este le había ido a llevar su té, pero al no encontrarlo se retiró de la habitación olvidando la llave puesta en la cerradura. Muy afectado por su error, Bannister se descompone y se sienta sobre uno de los sillones de la habitación.

Las pruebas venían en tres largas tiras de papel que Soames había dejado juntas en el escritorio. Sin embargo, al volver, estas se encontraban desparramadas en la habitación: una estaba tirada en el suelo, otra en una mesita junto a una ventana y la tercera sobre el escritorio. Evidentemente, al verse descubierto, el intruso se había retirado de prisa dejando los papeles desordenados. En la mesa de la ventana, que daba al patio del colegio, había varias virutas del lápiz usado para copiar los exámenes y un trazo de mina rota. Además, el

Actividades

escritorio, que estaba impecable, presentaba un corte y en él se hallaba una especie de pirámide de masilla negra con restos de aserrín adheridos a esta.

Los principales sospechosos eran tres estudiantes que ocupaban las habitaciones superiores del recinto: Gilchrist, un muy buen estudiante, de contextura robusta, que se destacaba como atleta; Daulat Ras, de origen indio, más bajo que su compañero, pero también estudiante aplicado; y Miles Mc Lauren, un tipo brillante pero inescrupuloso, más alto que Raus pero de menor altura de Gilchrist, que en su primer año había estado a punto de ser expulsado por un escándalo de cartas.

Holmes se dirige a la residencia del colegio, inspecciona el lugar y comprueba, a partir del hallazgo de otra pirámide de masilla, que el intruso estuvo escondido en la alcoba de Soames. A continuación, visita el dormitorio de dos de los estudiantes, Gilchrist y Ras, haciéndose pasar por un visitante. En esas circunstancias, les pide a ambos un lápiz para dibujar y verifica que ninguno coincide con las virutas encontradas en el cuarto del profesor Soames. No puede ingresar al cuarto de Mc Lauren porque este se niega.

A continuación, Sherlock le pide a Soames unas horas para investigar y se retira. Al día siguiente, se presenta con la resolución del caso. La copia no había sido premeditada sino que se realizó por la coincidencia de una serie de circunstancias. Era obvio para el detective inglés que alguien había visto con antelación que los exámenes estaban en el escritorio de Soames. Debido a la altura de la ventana, esa persona debía tener una altura considerable, de lo contrario era imposible asomarse al interior de la habitación desde afuera. Esa misma persona, uno de los estudiantes, al pasar por la puerta de su despacho hacia su habitación pudo ver la llave en la cerradura y sintió la tentación de copiar las pruebas. Lo hizo cerca de la ventana porque de esa manera podría vigilar el regreso del profesor. Pero este volvió por la puerta lateral y el intruso, al verse sorprendido, debió esconderse en la habitación. En ese momento, Holmes le muestra a Soames una pirámide de masilla similar a las encontradas que había hallado en la pista de atletismo del colegio. Esta pista sumada al dato de la observación a través de la ventana solo podía involucrar a un estudiante: Gilchrist. Este no solo era un gran atleta sino que tenía la suficiente altura como para, al pasar por el lugar, ver desde la ventana los exámenes en el escritorio de Soames. Era evidente que, al verse sorprendido, dejó los papeles desordenados y se escondió en la habitación. Solo quedaba saber cómo salió de allí. En ese momento, Holmes interroga a Bannister, quien finalmente admite que ayudó al joven. Bannister había trabajado para su familia y cuando vio que en el sillón de la habitación estaban sus guantes se dio cuenta de lo que sucedía. Rápidamente fingió estar descompuesto y se sentó en el sillón. Luego de que el profesor se retiró de la habitación, ayudó a Gilchrist a escapar.

Actividades

El joven se arrepiente de lo que ha hecho y le informa a Hilton que no dará el examen y que partirá hacia Sudáfrica ya que le ofrecieron un puesto de policía allí. Holmes le dice que seguramente lo espera un futuro brillante.

Argumento 3. El banquero ciego (episodio 2 de la serie Sherlock de la BBC)

Un extraño caso llega al detective: alguien entró al banco a “robar”, pero no se llevó nada. Solo dejó una pintada sobre un cuadro tapando los ojos de un retrato y dibujando un símbolo desconocido al lado.

El detective camina por todo el piso del banco y descubre que ese mensaje cifrado solo puede ser visto desde la oficina de Van Coon, el encargado de la cuenta de Hong Kong. El detective y su ayudante van al departamento de este banquero.

El departamento está cerrado y nadie atiende el portero. El detective finge que vive en el edificio frente a un vecino recién mudado y logran entrar. Allí descubren a Van Coon muerto. Llega la policía: todo indica que fue un suicidio. Sin embargo, el detective asegura que fue asesinato. La bala fue disparada desde el lado derecho y la víctima era zurda. Distintos elementos de su casa demuestran que hacía todo con la mano izquierda.

Esa noche hay un nuevo asesinato con características comunes: Lukis, un periodista, aparece muerto. También su casa está cerrada por dentro. El detective y su ayudante siguen los últimos pasos de Lukis a partir de un libro que sacó de la biblioteca ese mismo día. Van a la biblioteca y descubren el mismo símbolo (pintado en un estante) que había sido dibujado en el retrato del banquero.

El detective sabe que hay un código que descifrar para entender ese mensaje. Es un código ancestral. Decide reunirse con alguien que sepa sobre el asunto. Consulta a un grafitero que está haciendo una pintada en la calle. El chico es un experto y le dice las características de la pintura con que está hecho el símbolo del banco.

A partir de notas y recibos el detective y su ayudante descubren que ambas víctimas fueron en los últimos días a una tienda de productos chinos, “The lucky cat”. En una taza encuentran el mismo símbolo. Es *hatsu*, un dialecto chino ancestral, que ahora solo usan los vendedores ambulantes. Las víctimas trajeron algo de sus viajes a China, ahí hay una nueva pista.

Actividades

Al lado de la tienda vive Soon Lin y el detective descubre que hace varios días que no sale de su casa. Entran y allí encuentran una nota de un compañero del Museo de Antigüedades en donde trabajaba la chica. Van a hablar con él. En el Museo de Antigüedades, una estatua tiene el mismo símbolo que están intentando descifrar.

Cerca de las vías, encuentran una pared en donde hay un código que incluye el símbolo que están buscando. El detective busca la forma de descifrarlo.

Por la noche, descubren a Soon Lin escondida en el Museo. Ella les cuenta que se trata de una banda de contrabandistas, los Lotos Negros, a la que ella perteneció cuando era chica. Todos tienen un tatuaje en el pie, que indica su pertenencia al grupo. Tiene miedo, sabe que la van a matar. El que la busca es su propio hermano. También les cuenta que el código está en un libro, al que conocen todos los contrabandistas. Luego del interrogatorio alguien entra y mata a la chica.

El detective comprende que se trata de un “código de libros”. Junta muchas cajas de libros de Lukis y comienza a buscar el mensaje. Una palabra por libro.

Van al circo chino. Allí encuentran a la araña-pájaro china. Esas características fueron las que le permitieron meterse en los departamentos y matar a Van Coon y Lukis, es decir, trepó por los edificios y se metió por las ventanas.

Parte de la banda, por confusión, secuestra al ayudante, creyendo que se trata del mismísimo detective. Mientras tanto, el detective termina de descifrar el código. Eso le permite entender que la banda está buscando un prendedor de jade (valuado en nueve millones de libras) que fue robado. Con el descifrado logra encontrar el escondite de la banda, rescatar a su ayudante y resolver el caso. Van Coon había robado el prendedor. Sin conocer su valor, se lo había regalado a su secretaria.

Argumento 4. La Liga de los Pelirrojos (Arthur Conan Doyle)

Wilson, un prestamista pelirrojo, viudo y sin familia, recibe una convocatoria para formar parte de Liga de los Pelirrojos a cambio de un pequeño sueldo por no hacer nada más que copiar la *Enciclopedia Británica* durante las mañanas. Ante la insistencia de su empleado, concurre y gana el puesto. Dado que su negocio no estaba yendo bien y había que tenido que quedarse con solo uno de sus dos empleados, ese dinero le venía bien. Un día como

Actividades

cualquiera, luego de tres meses, asiste como siempre a trabajar y se entera de que la Liga de los Pelirrojos está cerrada y no hay más rastros de ella. En ese momento, acude a Sherlock Holmes para resolver el enigma.

Sherlock Holmes le pregunta al prestamista cuánto tiempo pasó desde que llegó el aviso y por qué había elegido a uno de los empleados frente al otro. Wilson le responde que pasó un mes y que lo había elegido porque aceptó trabajar por la mitad del sueldo. Son las primeras pistas de un posible sospechoso. Pero todavía no se sabe de qué. La desaparición de la Liga de los Pelirrojos no es un delito, pero sí un misterio que saca a Holmes del aburrimiento. Para empezar a investigar, Holmes se dirige al negocio de Wilson y toca la puerta para pedir una indicación sobre una calle; observa al empleado de Wilson y nota que sus pantalones están sucios en las rodillas. Además, da una vuelta manzana para observar qué otros lugares había en la zona, muy cercanos a la tienda de Wilson.

Luego, a la noche, junto a un detective de Scotland Yard, el director de un banco y su compañero Watson, se dirigen a la misma cuadra donde estaba el negocio de Wilson. Una vez allí entran a la bóveda del banco, que daba por el fondo con la propiedad del prestamista. Sherlock Holmes le pide al detective de Scotland Yard que ponga tres policías a la espera en la tienda de Wilson, mientras les dice a los demás que había que esperar porque un peligro era inminente. Más tarde, se oyen unos ruidos y aparece a través de una pared una cabeza pelirroja que estaba excavando para llegar a la bóveda. Era quien se había hecho pasar por miembro de la Liga de los Pelirrojos. El robo al banco se frustró y, a la vez, el empleado de Wilson también es detenido por los policías, por cómplice.

Holmes le explica a Watson que se había dado cuenta de que iban a robar esa misma noche porque el cierre de la Liga implicaba que el túnel ya estaba hecho y debían actuar inmediatamente. Las manchas en las rodillas del empleado daban cuenta de que había estado trabajando duro en ese objetivo. Por último, la ubicación del banco fue clave para descubrir que ese empleado y la Liga de los Pelirrojos tenían una vinculación clara.

Actividades

Notas

- 1 Fuente: Prácticas del Lenguaje. *Grados de Aceleración 6.º y 7.º grado*. Primer Bimestre, p. 16, 2005.
- 2 Publicado en *Revista Sherlock Holmes*, Año I, Nro. 15 (pp. 51-54), 10 de octubre de 1911. Sección “Sherlock Holmes en Buenos Aires”.
- 3 El término “histérica” parece remitir a ideas tomadas (aunque de un modo impreciso) de la psicología de la época. En los relatos del policial argentino de entresiglos, es frecuente encontrar términos o conceptos provenientes de ciencias y pseudociencias, como la frenología (ver en este sentido “La bolsa de huesos”, de Eduardo Holmberg), la criminología e incluso la psicología, como en este caso, completamente desvinculados de sus sentidos disciplinares. Soledad Quereilhac (2016) señala al respecto que no es posible, en esos años, vincular al adjetivo “científico” con un campo delimitado, sino que, por el contrario, “en algunas zonas de experimentación o en las disciplinas jóvenes, como la psicología, los límites eran lábiles” (2016: 18). “Lo científico” remitía a un amplio espectro en el que convivían tanto las disciplinas específicas como los discursos que el periodismo o la literatura construían a partir de la apropiación de algunos conceptos provenientes de estas. Esto constituyó una “cultura de época” que abarcó desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX y atravesó prácticamente a toda la literatura de circulación masiva.
- 4 Publicado en *El cuento ilustrado*, el 10 de mayo de 1918.

Imágenes · Actividades para los estudiantes

Páginas 6 a 8. Imágenes del Museo Sherlock Holmes, Londres, UK. Autora: Jimena Dib.

Página 15. Objetos. Pixabay, goo.gl/nqQRDk.

Fecha de consulta de imágenes disponibles en internet: 1 de febrero de 2018.



Vamos Buenos Aires



[/educacionba](#)

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
15-06-2020

[buenosaires.gob.ar/educacion](https://www.buenosaires.gob.ar/educacion)